

Cardenal Dr. D. Isidro Gomá y Tomás

Otro testimonio de Jesús por el Bautista

Explicación. — Los sinópticos no relatan otro testimonio que el Bautista diese de Jesús sino el de su bautismo, para luego referir el encarcelamiento de Juan con sus consecuencias. En el cuarto Evangelio se insiste en los varios testimonios del Bautista y se deja el episodio de las tentaciones ya narrado por aquéllos. A la solemne revelación que Juan hace a los legados oficiales, añade la presente, ante la misma persona de Jesús.

Bajaba el Señor del monte de la Cuarentena de cumplir su ayuno, dirigiéndose otra vez a orillas del Jordán, donde seguía Juan bautizando. Estaría éste con sus discípulos, tal vez con los mismos legados de Jerusalén, pues era el día siguiente de su solemne entrevista con ellos, cuando vio llegar a Jesús, que venía hacia él, para darle este gozo y ofrecerle ocasión de que reiterase su testimonio: *El día siguiente vio Juan a Jesús venir hacia él.* Sentiría el precursor estremecerse su alma de israelita y de profeta a la presencia del Salvador de Israel, él, que había saltado de gozo ya en el seno de su madre, y, señalándole con el dedo a los concurrentes, dijo con énfasis: *He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.*

El Mesías, en las antiguas profecías, venía representado por el cordero, y en este símbolo se significaba la función sacrificial del Redentor, porque Jesús es el sacerdote que se sacrifica a sí mismo, dando voluntariamente su vida, y la víctima que deja sacrificarse para la remisión de los pecados que voluntariamente tomó sobre sí. Cordero de Dios, porque Dios le enviaba para que se sacrificara por los hombres, y porque era Hombre-Dios. La eficacia de su sacrificio será tal, que borraré el pecado del mundo, todo lo que viene comprendido bajo la denominación singular y genérica de pecado. Ya aparece aquí el porqué del "bautismo en el Espíritu Santo": es la infusión de la gracia de Dios, logrado por el sacrificio del Cordero, que importará la completa purificación espiritual significada por el bautismo de agua del Bautista: "Yo bautizo en agua..."

Este Cordero es aquel hombre del que había ya testificado Juan, antes de bautizarle, que existía antes que él, y por lo mismo, puesto que Juan era de más edad que él en cuanto hombre, aquella preexistencia demuestra que Jesús era Dios: *Este es aquel de quien yo dije: En pos de mí viene un varón que fue antepuesto a mí; porque primero era que yo.* El sacrificio de este Cordero será, por consiguiente, de valor infinito, porque será sacrificio de Dios mismo, antitipo de los sacrificios de los corderos que se ofrecían en el templo.

Probablemente, ya lo hemos dicho, Juan no le conocía a Jesús, hasta el momento en que le administró el bautismo: había vivido en el desierto, lejos del mundo, y de allí vino a bautizar y dar testimonio de la persona de Jesús,

porque el Espíritu le había dicho que la señal del Mesías sería una paloma que sobre él descendería: *Y yo no le conocía: mas para que sea manifestado en Israel, por eso vine yo a bautizar en agua*. Realizóse el milagro que se le había anunciado, y por él reconoció al Mesías; y, con la certeza de que lo era, anunció al pueblo que él era el Hijo de Dios. *Y Juan dio testimonio, diciendo: Que vi el Espíritu que descendía del cielo como paloma, y reposó sobre él. Y yo no le conocía: mas aquel que me envió a bautizar en agua, me dijo: Sobre aquel que tú vieres descender el espíritu, y reposar sobre él, éste es el que bautiza en el Espíritu Santo*. Es decir, que Juan, por señales extraordinarias que viera en Jesús, o por instinto del Espíritu Santo, barrunta, en el momento de bautizarle, que Jesús es el Mesías: de aquí el vivo diálogo que se trabó entre ambos. Bautizado ya Jesús, y al salir del agua, vino sobre él el Espíritu en forma de paloma, tal como el mismo Espíritu se lo había indicado al Bautista; y entonces adquiere la absoluta certeza de la persona del Mesías. No hay, pues, contradicción entre la escena de Mateo (3, 14) y la afirmación que hace aquí Juan de que no conocía a Jesús.

Termina Juan este episodio con estas palabras solemnes en que se trasluce el íntimo gozo de haber visto al Mesías y de haberle podido anunciar al mundo: *Y yo he visto*; no sólo he recibido revelación interna de que Jesús es el Mesías, sino que mis propios ojos han podido ver el testimonio externo que se me había anunciado y que dio Dios de él: el abrirse los cielos, venir el Espíritu en forma visible de paloma y posarse sobre él. *Y tengo dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios*.

Ha anunciado con ello el Bautista tres verdades fundamentales de nuestra fe: Jesús es el Cordero de Dios, que puede borrar los pecados del mundo; bautiza en el Espíritu Santo, y por lo mismo puede darnos la gracia y los Dones del Divino Espíritu; y es Hijo de Dios, no adoptivo, sino natural, que como tal puede lograrnos la filiación de hijos adoptivos de Dios y la herencia del reino de los cielos. Son los tres conceptos que distinguimos en la justificación: remisión del pecado, colación de gracia, adopción de hijos de Dios.

Lecciones morales. — A) v. 29. — *He aquí el Cordero de Dios...*—El arte cristiano nos representa bellamente la escena de este Evangelio: San Juan señalando al divino Cordero, Jesús, con una banderola o filacteria con esta inscripción: “He aquí el Cordero de Dios que borra los pecados del mundo.” Es un símbolo suavísimo, al tiempo que es reproducción de una escena histórica. Al ser definitivamente conocido el Mesías en la tierra, quiere que se le señale como cordero, es decir, como víctima que será sacrificada: y lo será por los pecados de los hombres, porque cargó voluntariamente con todos ellos. ¡Cuánta gratitud debemos a Jesús, que aparece como Víctima en el Jordán, que realmente se sacrifica en el Calvario, que perpetúa su sacrificio en nuestros altares, y que, aun en el cielo, según el Apocalipsis, se nos presenta “como muerto” en la figura de cordero, abriendo el libro de los siete sellos! (Apoc. 5, 6 y sigs.).

B) v. 30. — *Este es aquel de quien yo dije...* — Es admirable la providencia

de Dios en la revelación de su Mesías. Procede con suavidad y sin estrépito; pero le caracteriza en forma tal que, a pesar de su sencillez y obscuridad, todo el mundo puede conocerle. Fundador de un reino espiritual, todos son factores espirituales los que le denuncian a los hombres: un profeta de vida austerísima, el Espíritu de Dios en la forma suavísima de paloma, la claridad de los cielos, la voz, llena y dulce a la vez, del Padre; todo en medio de una ceremonia de carácter religioso y de purificación espiritual. ¡Qué contraste con la concepción y con las esperanzas mesiánicas del pueblo de Dios!

C) v. 32. — *Y vi el Espíritu que descendía del cielo como paloma...* — Y porque así lo vio, dio Juan testimonio de Jesús, declarándole Mesías. Y ¿por qué, dice el Crisóstomo, si los judíos vieron al Espíritu descender sobre Jesús no creyeron? Porque no bastan para creer los ojos del cuerpo, responde, sino que son necesarios los del alma. Si más tarde vieron los milagros, copiosos y estupendos, de Jesús y no sólo no creyeron en él sino que los echaron a mala parte, ¿cuánto menos debían creer a la vista de una simple paloma que viene sobre él? — Es éste el fenómeno de siempre, de los creyentes y de los incrédulos: los mismos motivos de credibilidad y las mismas razones tienen en su mano los unos que los otros; y creen los unos, mientras cierran los otros sus ojos y su corazón a la suave luz de la fe. Es que en la fe, como virtud sobrenatural que es, entran dos factores: la gracia de Dios, que no falta a quien quiere creer, y la voluntad de creer, que Dios respeta en su rebeldía y que puede negarse a admitir las verdades de la fe. Guardemos el depósito de nuestras creencias inviolable, y demos gracias a Dios de habernos hecho hijos de la santa fe.

D) V. 34. — *Y yo he visto...*—Vio el Bautista los signos externos de Jesús Mesías, tal como Dios se los había anunciado: y porqué los vio, dio testimonio de él, a amigos y adversarios. También nosotros hemos visto los motivos de credibilidad de la divinidad de Jesús: la luz de la profecía, del milagro, de su doctrina dogmática y moral, de sus mártires, de la historia, le ofrecen luminosísimo, divino a nuestros ojos. ¿Tenemos valor para dar, siempre que sea preciso, testimonio de él? ¿Testimonio de palabra, confesándonos sus hijos; de obra, amoldando nuestra vida a sus preceptos?

(Dr. D. Isidro Gomá y Tomás, *El Evangelio Explicado*, Vol. I, Ed. Acervo, 6ª ed., Barcelona, 1966, p. 359-363)